

LA OPOSICIÓN A LA DICTADURA MILITAR
Y AL ESTADO NOVO (1926-1974).
LA LARGA MARCHA DE LAS IZQUIERDAS
PORTUGUESAS

*The opposition to the Military Dictatorship
and the New State (1926-1974). The long way
of the Portuguese left parties*

Fernando ROSAS
*Instituto de História Contemporânea
Universidade Nova de Lisboa*

Fecha de aceptación definitiva: 12-VII-2004

RESUMEN: La finalidad del presente artículo es dar una visión sintética y global de la oposición antifascista portuguesa a la Dictadura militar (28/5 /1926) y al Nuevo Estado de Salazar (1933-1968) y de Caetano (1968-1974). Se consideran tres periodos fundamentales en este casi medio siglo de régimen autoritario: la oposición durante la época fascista (1926-1945); el período de la Guerra Fría (1949-1958) y el impacto de los años 60 y 70 en el declive del régimen bajo los gobiernos salazaristas y el fallido intento de liberalización con Caetano (1959-1974). Por último, se trata del papel de la oposición de izquierdas en la caída del régimen durante el golpe de estado militar del 25 de abril de 1974 y después de él.

Palabras clave: Estado Novo, salazarismo; «revivalhismo»; anarco-sindicalismo; comunismo, socialismo, marcelismo.

ABSTRACT: The purpose of the present paper consists on giving a sintetic and global view of the portuguese anti-fascist opositions to the Military Dictatorship (28/5 /1926) and the New State of Salazar (1933-1968) and Caetano (1968-1974). We consider three main periods all along this almost half-century of authoritarian

regime: the oppositions during the fascist era (1926-1945); the cold war period (1949-1958) and the impact of the the 60s and the 70s on the decay of the regime under the late salazarian rule and the missing essay of liberalization with Caetano (1959-1974). Finally, some discussion is made about the role of the left oppositionism on the fall of the regime through the military coup d'Etat of the 25 April 1974 and after that.

Keywords: Estado Novo, salazarismo; «revivalhismo»; anarco-sindicalism; comunism, socialism, marcelismo.

La historia de la oposición al régimen, es decir, la historia de la resistencia antifascista portuguesa, en sus diferentes expresiones, su proceso de transformaciones y cambios, puede considerarse, en términos generales, dividida en tres períodos distintos, caracterizados por factores externos e internos particulares. La época de los fascismos, durante los años 30 y hasta el fin del segundo conflicto mundial; la primera fase de la Guerra Fría, desde la posguerra al inicio de la década de los sesenta y desde los años sesenta hasta el movimiento militar de 25 de abril de 1974.

1. LA OPOSICIÓN EN LA ÉPOCA DEL FASCISMO

La época de los fascismos, el período de implantación y consolidación del Estado Novo, de su fascistización en el contexto de la Guerra Civil española y del ascenso de los regímenes nazi y de tipo fascista por toda Europa, traerá dos importantes transformaciones en el panorama de las izquierdas nacionales de los años veinte. Convendría aclarar que sus organizaciones políticas y sindicales habían sido progresivamente silenciadas a partir del movimiento militar de 28 de mayo de 1926, siendo formalmente empujadas hacia la clandestinidad a partir de 1933, con la institucionalización del Estado Novo¹.

La primera, es la derrota y la rendición del *revivalhismo* republicano, o sea, de la resistencia político-militar de los sectores del republicanismo que no habían capitulado ante la dictadura militar y el ascenso del Estado Novo. Entre 1926 y 1931 lograrán salir a la calle con cuatro movimientos revolucionarios: 1927, 1928 y 1931 —en este año estallan la revuelta de Madeira que se extenderá a parte de las Azores y Guinea, desde el 4 de abril hasta el 2 de mayo, y la revolución de 26 de agosto, en Lisboa y sus alrededores—, y otros morirán en la concha de la conspiración prematuramente descubierta. Arrastran consigo lo que queda del

1. La Iª República Portuguesa, implantada por la revolución de 5 de octubre de 1910, fue derribada por el golpe militar de 28 de mayo de 1926, que instituye una dictadura militar donde, bajo la hegemonía de Oliveira Salazar, emergería el Estado Novo, cuya Constitución y principales leyes fundadoras habían sido aprobadas en 1933.

activismo obrero, luchan en las barricadas de Oporto, de Lisboa, de Madeira, sublevan la margen sur del Tajo y unidades militares de todo el país. Sufren centenas de muertos y heridos y, millares serán arrojados a las prisiones o deportados. Con la República en España, en 1931, después con la victoria del Frente Popular, en febrero de 1936, renacen la esperanza y los preparativos revolucionarios. Pero a partir de 1933 ninguno de ellos consigue concretarse, a pesar de sucesivas conspiraciones destruidas y reiniciadas en el interior, en París, en Madrid, en Galicia o en la Barcelona republicana. El movimiento cae, sucesivamente desmantelado por las prisiones, por las depuraciones en las Fuerzas Armadas, por las deportaciones. Muchos aceptan la amnistía de Salazar en 1932, otros abandonan, los que quedan exiliados en Francia aceptan «arriar la bandera» cuando estalla la II Guerra Mundial y regresan². Con el conflicto, desaparecía como fuerza política actuante la oposición republicana revirallista, a pesar de la corta duración en la clandestinidad, entre 1935 y 1939, de algunas organizaciones de resistencia de inspiración masónica, sobre todo entre la juventud estudiantil. El viejo Partido Republicano Portugués³ y, lo que quedaba de la Masonería mantendrán una existencia latente, participarán más o menos honoríficamente en el Movimiento de Unidad Nacional Antifascista (MUNAF) y en el Movimiento de Unidad Democrática (MUD)⁴, pero dejarán de tener peso. Tras la II Guerra Mundial, lo que queda del viejo activismo republicano y una pléyade de jóvenes cuadros surgidos de las luchas estudiantiles de 1927/31⁵ o de los movimientos unitarios de la guerra encontrarán otras expresiones para la oposición no comunista.

También el anarcosindicalismo y el movimiento libertario⁶ en general, no lograrán resistir la represión «estadonovista» de los años treinta, ni subsistir en la clandestinidad. Ésa es la segunda transformación en el abanico político-partidista. Después de sucesivos golpes policiales al inicio de los años treinta, la estocada final viene dada por la violenta ofensiva represiva en la prevención y en la secuencia de la intentona de «huelga general revolucionaria» de 18 de enero de 1934. Lo que queda de la resistencia libertaria, aún participante en el atentado de 1937 contra Salazar, desaparecerá en las prisiones o en el exilio como fuerza político-social relevante. Subsistirá como una especie de club político de viejos militantes que mantendrán encuentros esporádicos, harán surgir todavía algunos

2. Cf. FARINHA, Luís: *O revirallo: revoltas republicanas contra a ditadura e o Estado Novo: 1926-1940*. Lisboa: Estampa, 1998.

3. PRP: Partido Republicano Portugués, fuerza política hegemónica de la Iª República Portuguesa.

4. MUNAF - Movimiento de Unidad Nacional Antifascista, organización unitaria clandestina de resistencia al régimen salazarista, creada a finales de 1943 bajo el impulso del PCP.

MUD: Movimiento de Unidad Democrática, frente opositor constituido en octubre de 1945 para concurrir a las elecciones al Parlamento Nacional de noviembre de ese año y tolerado legalmente por el régimen hasta 1948, cuando fue formalmente ilegalizado.

5. FARIA, Cristina: *As lutas estudantis contra a Ditadura Militar: 1926-1932*. Lisboa: Colibri, 2000.

6. El núcleo duro del anarcosindicalismo portugués, el cruce y unión del sindicalismo revolucionario con la tradición anarquista, fue la Confederación General del Trabajo (CGT), confederación sindical ilegalizada en 1927, en el rescoldo de la intentona revolucionaria republicana de derribar la Dictadura en febrero de aquel año.

papeles en los años 40, serán invitados —los «colaboracionistas»— a adornar el ramillete unitario del MUNAF, pero sin ningún peso efectivo en el movimiento obrero y en la lucha política. El espíritu ácrata, individualista, libertario, igualitario, era incompatible con la disciplina, el secretismo y la rígida y compartimentada jerarquía de la cultura de la clandestinidad.

Así, el Partido Comunista Portugués (PCP) se afirmaría como el único partido capaz de mantener hasta el fin del régimen, a pesar de accidentes varios, el núcleo duro de su organización, la salida periódica de prensa clandestina y su actividad regular en condiciones de ilegalidad. Pero la verdad es que la prisión, en 1935, de Bento Gonçalves, el secretario general del PCP, y de la restante Secretaría, lanza al partido a un período de gran vulnerabilidad ante la represión policial, reduciéndose a poco más que un grupo de agitación política, centrado en contactos más o menos dispersos en Lisboa, la Margen Sur y algunos pocos puntos del Alentejo. Tiene, sin embargo, una creciente influencia ideológica, a través de las Juventudes Comunistas, en medios estudiantiles y en la joven intelectualidad de Lisboa y Coimbra. Y la aparición del movimiento neorrealista y de sus periódicos, como *Diabo*⁷, cerrado en 1940, va a permitir una creciente influencia del marxismo-leninismo entre una nueva generación de literatos, de poetas, de pintores, de críticos, de ensayistas, de periodistas, donde el PCP reclutará, a partir del final de los años treinta, muchos de los futuros cuadros de la «reorganización» de 1940-43. Más importante que eso, el éxito del neorealismo como corriente estético-ideológica, indica un período de fuerte influencia del marxismo-leninismo —y, consecuentemente, con mayor o menor mediación, del PCP— en el campo cultural, aunque tal influencia no tenga necesariamente una expresión directa en el terreno del liderazgo político e ideológico del oposiciónismo político. Quiere esto decir que, cara a la derrota del *revivalbismo* y al colapso del movimiento libertario, el PCP, a pesar de las graves dificultades organizativas por las que atraviesa en la segunda mitad de los años treinta, va ganando influencia entre los sectores más combativos del obrerismo, de la juventud, de la intelectualidad de izquierda y, a breve plazo, se convertía en la más importante fuerza organizada de la resistencia clandestina al régimen, lo que no quiere decir en su fuerza ideológicamente hegemónica.

El contraste entre la indiscutible superioridad organizativa de los comunistas y la capacidad de liderazgo ideológico que, en el conjunto de la oposición, los «demócratas» no comunistas nunca dejarán de tener hasta el final de los años sesenta, es otra de las permanencias también generadas en el marco del frenetismo antifascista, definido como línea fundamental, a partir de 1935, por el VII Congreso de la Internacional Comunista (IC) para sus secciones nacionales. Es verdad que el segundo lustro de los años 30 es también, ya lo referimos, de gra-

7. Cf. TRINDADE, LUÍS: *O espírito d' O Diabo: discursos e oposições intelectuais no Semanário O Diabo: 1934-1940*. Lisboa: Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa, 2000. Tesis de licenciatura en Historia de los siglos XIX y XX: sección siglo XX.

ves dificultades para el PCP⁸, con sucesivas direcciones y estructuras clandestinas segadas por la Policía Política, hasta el punto que la IC, en 1938, llega a disolver la «sección portuguesa» por sospechas de grave infiltración policial.

Pero la «reorganización» de 1940/43, que será llevada a cabo ya bajo el liderazgo de hecho de Álvaro Cunhal en el PCP, marca un cambio histórico en la vida del partido, con un impacto decisivo en el conjunto de la oposición al régimen. No es tanto que haya una variación de línea fundamental, o cualquier especie de heterodoxia cara a las orientaciones de la IC. Pero no será exagerado hablar de una «refundación» del PCP porque, en realidad, es de lo que se trata. Me refiero con eso a su transformación en otra cosa. De un pequeño grupo de extremaizquierda, organizado todavía con gran improvisación, con fuertes tics sectarios y grupales, fundamentalmente generado en los movimientos sociales, centrado en una acción puntual de agitación y propaganda, —y eso era el PCP hasta la II Guerra Mundial—, en un fuerte partido clandestino, organizado a escala nacional, bien implantado en las principales concentraciones obreras del país y entre los asalariados rurales del sur, con amplia influencia en la juventud estudiantil y entre la intelectualidad, respetado por los republicanos históricos y por la oposición no comunista en general y apto para discutir con ellas, como socio incuestionable, las tareas de la gobernación del país tras la caída del régimen, considerada como inevitable con la consumación de la victoria aliada.

Los «reorganizadores» —tras la nueva prisión de Júlio Fogaça, en 1942, es Álvaro Cunhal quien se convierte en indiscutible figura dirigente—, van a aprovechar con notable intuición táctica la crispación social y política que atraviesa el país: el vasto descontento popular contra el régimen provocado por los efectos económicos y sociales de la economía de guerra⁹, la inmensa expectativa de cambio despertada en amplios sectores de la población por la inminencia de la victoria aliada y el indiscutible prestigio de la URSS y del Ejército Rojo entre la masa trabajadora y no únicamente.

Contrariando la opinión de los dirigentes comunistas presos en el campo de concentración de Tarrafal, en las islas de Cabo Verde, los «reorganizadores» y la «reorganización» liderada por Álvaro Cunhal se unen a la agitación obrera y, en el verano de 1943 y en mayo de 1944, es el PCP quien directa y explícitamente dirige, sobre el terreno, los importantes movimientos huelguistas que entonces se desencadenan: lanzan sus cuadros y simpatizantes a las elecciones para las direcciones de los Sindicatos Nacionales, donde conquistan numerosas posiciones; ordenan la disolución de las JC, demasiado cerradas y sectarias, a favor de la creación, en 1945-46, con estatuto semilegal, del Movimiento de la Unidad Democrática Juvenil (MUDJ). Habían impulsado la creación del Movimiento de Unidad Nacional Antifascista (MUNAF), a finales de 1943, un frente clandestino que reúne a toda la oposición antifascista y de donde saldrán las bases programáticas

8. Cf. PEREIRA, José Pacheco: *Álvaro Cunhal: uma biografia política. Daniel, o jovem revolucionário: 1913-1941*. Lisboa: Temas & Debates, 1999.

9. Cf. ROSAS, Fernando: *Portugal entre a paz e a guerra: 1939-1945*. Lisboa: Estampa, 1990.

de un futuro Gobierno Provisional. Cogidos por sorpresa con la creación del MUD, en octubre de 1945, por sectores no comunistas de la oposición, en breve lograrán el control político de esa importante expresión de la oposición, tolerada por el régimen en la crisis del fin de la guerra. Definen, en los congresos clandestinos de 1943 y 1946 (III y IV Congresos), reunidos en el interior, la unidad antifascista como línea maestra conductora del proceso culminante en el «levantamiento nacional», desmarcándose de las tentaciones «pacifistas» surgidas en sectores minoritarios de la dirección del partido: Júlio Fogaça y otros tarrafalistas recientemente amnistiados. Finalmente, en 1948, a través del traslado de Cunhal a la URSS, restablecen los vínculos con el movimiento comunista internacional, obteniendo su pleno reconocimiento.

Organizativamente, los cambios no serán de menor alcance. La «reorganización» opera una verdadera escisión en lo que quedaba del PCP, considerando a la dirección existente como un «grupúsculo provocador» (hasta 1945 habrá dos direcciones y dos *Avante!* actuando y saliendo paralelamente) y eliminándola del terreno político. Reorganiza el PCP con base en las «células de empresa» y revoluciona la organización y los métodos de trabajo, creando un aparato clandestino profesional y sujetándolo a rigurosas reglas de seguridad, compartimentación y disciplina. Es una nueva generación de jóvenes cuadros intelectuales y obreros, salidos de las luchas, fuertemente motivados que, con la ayuda de un pequeño número de experimentados dirigentes de antes de la guerra, van a conducir al PCP en aquello que va a ser la primera crisis seria del Estado Novo: es la fase heroica de la historia del partido¹⁰.

Pero el régimen vencerá ese embate. Y en el rescoldo del contraataque salazarista, entre 1947 y 1949, y de la derrota opositora, el PCP, blanco principal de la acción de la Policía Política, sufrirá durísimos reveses, entre los que destaca la prisión de Álvaro Cunhal y de varios cuadros dirigentes, y el aniquilamiento por la Policía Política de importantes instalaciones centrales clandestinas de apoyo en 1949, entrando, con el resto de la oposición, y bajo el peso de la Guerra Fría, en un nuevo y prolongado período de retrocesos, desconfianzas y desentendimientos.

2. BAJO EL SIGNO DE LA GUERRA FRÍA

La segunda fase de recomposición de las izquierdas opositoras puede considerarse comprendida, sensiblemente, entre 1949 y 1958. Internamente, 1949 marca la derrota final de la oposición antifascista en la primera crisis grave del Estado Novo, bajo los efectos de la guerra, tras el último sobresalto de la candidatura de Norton de Matos, iniciando una década de reflujo, división y desmovilización. En 1958 se cierra ese ciclo con la segunda crisis histórica del Estado Novo bajo el impacto del «delgadismo» en las elecciones presidenciales de aquel año, abriéndose un nuevo período ofensivo de las fuerzas opositoras.

10. Cf. PEREIRA, José Pacheco: *ibid.*

Los casi 10 años que median entre 1949 y 1958 traen profundas alteraciones internacionales y domésticas que van a reordenar la acción política de la oposición. Casi invisiblemente, bajo el manto gris de la censura, de la represión y del ambiente más cerrado de la Guerra Fría, arranca en el país la segunda «revolución industrial» y, con ella, una urbanización acelerada y caótica, el crecimiento y concentración del proletariado industrial y la emergencia de un sector terciario moderno. Ambos con salarios muy bajos proporcionalmente al crecimiento de la riqueza nacional, con escasas regalías sociales o de acceso a la enseñanza y absolutamente privados de cualquier tipo de libertad de intervención sindical o política. En el régimen, por su parte, se afirma con prudencia, pero de forma inequívoca, una corriente reformista a la que Marcello Caetano pone cara¹¹. Por otro lado, comienza a ganar forma, progresivamente, con los oficiales-OTAN¹², un sector militar adepto a cambios que discretamente gana fuerza y distancia respecto a Santos Costa, mientras que públicamente emergen las primeras disidencias significativas de hombres vinculados al «28 de mayo» y al Estado Novo, como Henrique Galvão o David Neto.

Es en este caldo de cultivo donde se cruzan la fobia anticomunista de la fase más dura de la Guerra Fría, el retroceso oposicionista, pero también los inexorables cambios que atraviesan «invisiblemente» la sociedad, acentuando contradicciones y afectando a la unidad del bloque de apoyo al régimen y donde se va a afirmar y autonomizar, desde 1949, una nueva oposición atlantista, no comunista y frecuentemente anticomunista, poniendo fin a la unidad antifascista hegemonizada por el PCP desde la guerra.

Agrupar a hombres de prestigio, todavía activos, de la I República, António Sérgio, Helder Ribeiro, Cunha Leal, Mário de Azevedo Gomes, Jaime Cortesão, con el ala más moderada de la joven generación de abogados y de cuadros de profesiones liberales que se había revelado durante los movimientos unitarios de la guerra y de la posguerra: Adão e Silva, Vasco da Gama Fernandes, Nuno Rodrigues dos Santos, Acácio Gouveia. Crean el Directorio Democrático Social, después Acción Democrático-Social (ADS) y rompen públicamente con el PCP, del que se desmarcan con alguna agresividad, sobre todo en los actos electorales de 1951 y 1953 (elecciones presidenciales y al Parlamento Nacional, respectivamente). Apuestan por un cambio pacífico en el Estado Novo desde su interior, por el diálogo con los reformistas o a través de un golpe palaciego de disidentes y pretenden ganar la confianza de unos u otros a partir de un claro desmarque con los «partidos dirigidos desde el exterior». Sérgio lanzará al general Humberto Delgado en la carrera electoral de 1958, como «candidato independiente», al servicio de esta estrategia. Y asistirá, con sus compañeros, con reserva y consternación, a la

11. Cf. ROSAS, Fernando: «O marcelismo ou a falência da política de transição no Estado Novo». En BRANDÃO DE BRITO, José Maria (coord.): *Do marcelismo ao fim do império*. Lisboa: Editorial Notícias, 1999, vol. I, pp. 15-59.

12. Cf. FERREIRA, José Medeiros - *O comportamento político dos militares: forças armadas e regimes políticos em Portugal no século XXI*. Lisboa: Estampa, 2001. O TELO, António José: *Portugal e a NATO: o reencontro da tradição atlântica*. Lisboa: Cosmos, 1996.

subversión de la misma por la ola de agitación preinsurreccional que el «general sin miedo» despierta en el país, así como con el abandono a su favor del candidato apoyado por el PCP, Arlindo Vicente, al regreso a la «unidad antifascista».

En 1957 se une a la ADS un pequeño grupo de jóvenes intelectuales ex-comunistas o sus aliados próximos agrupados desde el inicio de la década en la Resistencia Republicana (también se denominarán, posteriormente, Resistencia Republicana y Socialista): Mário Soares, Tito Morais, Ramos da Costa, Salgado Zenha, Piteira Santos, Manuel Mendes. En el rescoldo del 58, y con el debilitamiento físico progresivo de los próceres republicanos, el pequeño grupo de la RR y Soares en especial, va a tomar el mando de las operaciones en el campo no comunista que, en la nueva coyuntura, y a despecho del regreso a fórmulas de cooperación unitaria, no se disolverá nunca en la tutoría organizativa del PCP. En 1964, Soares y sus compañeros más próximos crean la Acción Socialista Portuguesa (ASP), el primer paso para la reorganización del movimiento socialista en Portugal, extinguido, desde 1933, el antiguo Partido Socialista (Sección Portuguesa de la Internacional Obrera). En breve, absorberá en provecho propio lo que quedaba de las redes de influencia del republicanismo y de la oposición liberal, en parte concentradas en la ADS, convirtiéndose en su heredero casi natural. Lo que constituye una primera e indiscutible originalidad nacional de la corriente socialista ahora reconstituida: tiene más que ver con la tradición radical republicana de clase media, que con cualquier herencia del primer socialismo portugués y sus raíces sindicales y obreras.

El movimiento socialista así reorganizado se convertiría en el principal polo aglutinante de la oposición no comunista. A despecho de haber sido reconstituido, también él, en el contexto de la Guerra Fría, pocos puntos de contacto social, político e ideológico tenía, antes de 1968, con sus próceres de la Internacional Socialista (IS), en la que después se integrará. No tiene, en esta versión de posguerra, prácticamente ningún contacto organizado significativo con el movimiento obrero o sindical. Como demuestran estudios recientes¹³, es un pequeño partido de cuadros y profesiones liberales, con especial relevancia para los abogados y de implantación esencialmente urbana. Mantendrá hasta el «25 de abril» una organización bastante difusa y con un funcionamiento irregular en el interior del país, casi siempre de peso y eficacia inferiores a los núcleos en el exilio, sobre todo cuando a éste se une Mário Soares, a pesar de la reanimación y algún ensanchamiento y rejuvenecimiento, constatados con la «apertura marcelista» de 1968 y las elecciones de 1969. Hasta el congreso fundacional del Partido Socialista, en 1973, no se le conoce propiamente un programa, sino algunos textos programáticos y doctrinarios no exentos de ambigüedades y contradicciones. Heredará hasta muy tarde, prácticamente hasta el segundo exilio de Soares, las vacilaciones del republicanismo liberal cara al problema de la descolonización y

13. Cf. MARTINS, Susana: *A reorganização do movimento socialista português (1945-1974)*. Lisboa: Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa, 2001. Tesis de licenciatura en Historia de los siglos XIX y XX: sección siglo XX.

del combate a la guerra colonial; critica la «socialdemocracia» y el «reformismo», pero se propone como candidato a la IS y es apoyado y financiado por sus partidos; ataca el «neocapitalismo», propone nacionalizaciones, autogestión y reforma agraria, pero defiende, es verdad que con titubeos, la entrada en el Mercado Común...

A pesar de que está claro, en la intuición de los líderes de la ASP, desde muy pronto, que sólo habría futuro para un movimiento socialista en Portugal y, desde luego, como alternativa creíble a la hegemonía del PCP, en el marco político de los partidos de la IS, el hecho es que la radicalización de la situación política que acompañó los últimos años del régimen llevará a la ASP a tomar sus distancias, en términos de discurso, respecto a la «social-democracia» y la economía de mercado. Lo que se traducirá en un primer programa del PS, fundado en 1973, no muy lejos de las formulaciones del PCP o de las organizaciones de la izquierda radical. Una «deriva» que sólo el proceso revolucionario de 1974-75 resolverá, «ordenando» inequívocamente al PS en el espacio de la Internacional Socialista y de la CEE.

El PCP atraviesa con serias dificultades políticas y organizativas el rescoldo de los golpes policiales de 1949 y, del doble efecto de la derrota opositora y de los años de plomo de la «Guerra Fría». Como si hubiese sido un doble cerco: el de la Policía Política y el de la demarcación y ataque por parte de la oposición anti-comunista. Restringido por la represión policial en su capacidad organizativa, en dura polémica con parte de los aliados de ayer, reducido al núcleo duro de los militantes y de los *compagnons de route* del Movimiento Nacional Democrático (MND), con el que intenta, contra la reforzada lógica persecutoria de la época, prolongar una especie de MUD, el PCP, durante la primera mitad de los años cincuenta, se transforma en un grupo volcado en sí mismo, acosado y sectario que, a semejanza de los partidos congéneres del mundo, denuncia y expulsa a sus «traidores» y «agentes del imperialismo», recurriendo incluso a algunas ejecuciones físicas de indicados disidentes o «espías».

Pero el XX Congreso del PC de la URSS (PCUS), en 1956, con la anunciada «desestalinización» y la nueva política de «coexistencia pacífica», novedades que el PC español es encargado de difundir al partido portugués, va a traer una nítida distensión del ambiente político internacional, también con reflejos en el ambiente de la oposición al régimen en general, y en la política del PCP en particular. Coincidiendo estos cambios con la reascensión de Júlio Fogaça a la dirección del PCP, donde era notoria la falta de cuadros con preparación teórica y de formación intelectual, va a entrarse en pleno «desvío a la derecha», como más tarde denunciará Álvaro Cunhal. En el V Congreso del PCP, reunido clandestinamente en el interior del país en 1957, se aprueba una línea que, sensible a las crisis y fracturas entonces manifestadas en el seno del régimen, abogaba por el «derrumbe pacífico» de Salazar, postulaba una cierta atención cara a las posibilidades de un *putsch* palaciego, nítida aproximación a la táctica de la oposición conservadora, y abría al PCP nuevamente a una «amplia política de unidad», no sólo con todos los sectores de la oposición sino extensible a los disidentes del régi-

men. Era como si, ante un cambio desde el interior del régimen que se adivinaba como inminente, el PCP no quisiese quedar fuera de los arreglos a realizar.

Es éste el clima político en el que la oposición antifascista dispone sus piedras en vísperas de la campaña electoral para las elecciones presidenciales de junio de 1958. Curiosamente, fuese en los agitados acampamentos del régimen, fuese en los de la oposición, nadie imaginaba la tempestad que se iba a abatir sobre el país.

3. EL «TERREMOTO DELGADISTA» Y LAS SACUDIDAS DE LOS AÑOS 60

Será la crisis iniciada en 1958 la que marque la tercera fase de recomposición, a la Izquierda, del panorama político portugués. Es la crisis más grave sufrida por el salazarismo. El «terremoto delgadista», ese inmenso e imprevisible movimiento popular de esperanza y de protesta que sacude al país de norte a sur, potenciado por la personalidad carismática del «general sin miedo», que obtiene el abandono a su favor de la candidatura de Arlindo Vicente, el candidato del PCP y de la izquierda opositora, tiene una consecuencia decisiva en el futuro próximo de la oposición: evidencia la inanidad de cualquier esperanza en una «solución pacífica», «legal» o pactada para la sustitución de Salazar.

El fraude electoral generalizado, la represión violenta con la que se responde a las protestas populares de ese verano contra la «burla electoral»¹⁴ y que se vuelve contra la oposición en general a partir de ahí, levantan por todo el país un sentimiento de impotencia y revuelta que va a estar en el origen de las olas de choque sucesivas que prolongan la situación de crisis y de alguna incertidumbre durante los cuatro años siguientes. Es una sucesión de acontecimientos: exilio del general Delgado y «golpe de la Sé» en 1959, fuga de Álvaro Cunhal y otros dirigentes del PCP de la cárcel de Peniche en 1960, que culmina en ese «año terrible» para el régimen que es el de 1961: asalto al paquebote «Santa Maria» por un comando encabezado por el capitán Henrique Galvão en enero; inicio de la guerra colonial en Angola —asalto a las prisiones de Luanda el 4 de febrero y ola de terror en el norte a partir del 15 de marzo—; intento frustrado de golpe de Estado encabezado por el ministro de Defensa, general Botelho Moniz y por los comandos de las Fuerzas Armadas, en abril; ocupación del llamado Estado Portugués de India por las tropas de la Unión India el 18 de diciembre, e intento revolucionario de asalto al cuartel de Beja en la noche de fin de año. Y todavía se agudiza en 1962 con la «crisis estudiantil» de marzo a junio, marcando el reinicio de una larga y combativa resistencia estudiantil a la Dictadura, las «jornadas de lucha» de 1 a 8 de mayo en Lisboa y en varios puntos del país y la lucha por las 8 horas de trabajo de los asalariados rurales en el Alentejo que arranca, también, en mayo.

14. Cf. MADEIRA, João: «Uma Primavera turbulenta». En DELGADO, Iva: *As eleições de 1958: Humberto Delgado*. Lisboa: Vea, 1998.

El régimen sobrevive a esa avalancha pero no se recompondrá. Y sus contradicciones e *impasses* se reavivan por toda la extensión del marco del proceso de quiebra del marcelismo como intento frustrado de transición.

El ámbito exterior desempeña entonces un decisivo papel de influencia: la llegada de los vientos de la descolonización a África y la progresiva generalización de la guerra de guerrillas en las tres colonias portuguesas: Angola (1961), Guinea (1963) y Mozambique (1964); el aislamiento externo del Gobierno portugués en una ONU donde se establece una mayoría afro-asiática y de los países de la esfera de influencia de la URSS, con el distanciamiento de los EUA y de algunos aliados de la OTAN; la guerra de Vietnam y el movimiento internacional contra ella y los EUA; la guerrilla guevarista en América Latina; el desentendimiento chino-soviético y la Revolución Cultural en China; el «Mayo» francés del 68 y la ola de agitación radical en el occidente europeo y en los EUA; el aplastamiento de la «Primavera de Praga» por los tanques del Pacto de Varsovia; la revolución en los hábitos, en los patrones estéticos y en las prácticas sociales...

Por eso los «años sesenta», en el régimen, se presienten como los del fin. Como época de subversión absoluta, de ruptura de todos los límites, de todas las locuras, un mundo donde el viejo dictador y la elite del régimen no se reconocen. Es verdad que Salazar resiste las sacudidas de 58-62, es verdad que domina la «abrilada» del 61 y restablece una jefatura de confianza en las Fuerzas Armadas y que los reformistas, imposibilitados por el impacto de la guerra colonial, se entregan a la espera de la muerte del dictador. Pero aguantaba, no renacía, como en la victoria de la crisis de la posguerra. Los últimos seis años del consulado salazarista, marcados por un endurecimiento general del régimen —asesinato del general Delgado por la PIDE, asalto y cierre de la Sociedad Portuguesa de Escritores, agravamiento de la represión antiestudiantil, y por la evidencia del impás de la guerra colonial y de la política integracionista— no hacen sino acumular tensiones y radicalizar la oposición al régimen. O sea, complicarle la vida a los reformistas cuando, finalmente, e inevitablemente, en septiembre de 1968, se imponen como solución, a través de Marcello Caetano, a la sucesión del viejo dictador físicamente incapacitado.

En otro lugar¹⁵ ya referimos cómo el consulado marcelista fue una verdadera oportunidad perdida de modernización europeizante de la Derecha portuguesa. Marcello Caetano, visiblemente hasta 1970-71, logró reunir en torno a un proyecto de reformas que, en parte, superaba su área política, un frente de apoyos civiles e incluso militares capaz de hacerlo viable. Pero la incapacidad de cortar a tiempo el nudo gordiano de la guerra colonial comprometería todo lo demás: los apoyos, las reformas y, en breve plazo, el propio régimen. Y la frustración de esa oportunidad de cambio que, en un momento inicial, la oposición PS/PCP no dejó de considerar seriamente, el volver atrás, la crispación represiva, el desespero terminal, contribuirán no sólo a una radicalización decisiva de las posiciones y de la intervención de todo el espectro de la oposición al régimen, sino que instalarán

15. Cf. ROSAS, Fernando: «O marcelismo...». En *op. cit.*; y *A transição falhada: o marcelismo e o fim do Estado Novo: 1968-1974* (coord.). Lisboa: Editorial Notícias, mayo 2004.

una agitación en la oficialidad intermedia, cansada de la guerra, que vendrá a ser fatal.

Herida de desilusión la expectativa inicial, revelada la comprometedora inanimidad de las ilusiones en el acto electoral de 1969, la conciencia de que el régimen sólo caería si lo derribasen, alcanza a todas las fuerzas de la oposición, mientras tanto significativamente reforzadas por las nuevas posibilidades de intervención transitoriamente concedidas por el marcelismo primaveral del primer año. El cansancio social de la guerra, el logro de las promesas de apertura en el campo político, sindical o cultural, el estado de sitio instalado en las universidades, a breve plazo el fin del ciclo de prosperidad europea, todo este contexto social, y la propia consciencia difusa de la fragilidad del régimen, sirve de fondo a la izquierdización global del opositorismo, con cuatro importantes características innovadoras.

La primera novedad es la de la explosión, aproximadamente partir de 1970, de una corriente de grupos marxista-leninistas y maoístas de los que destacan, por el activismo y capacidad de agitación, el MRPP¹⁶ en la zona de la Gran Lisboa, y el OCMLP¹⁷ en el corredor industrial y urbano entre São João da Madeira y la cuenca industrial del Ave. Es verdad que la primera escisión «m-l» en el PCP databa de 1963-64, cuando Francisco Martins Rodrigues desencadena un proceso de crítica a la línea del PC de la URSS y a la línea del PCP, ampliamente inspirado en las tesis chinas. Rodrigues abandona el Comité Central y el partido para fundar el Comité Marxista-Leninista Portugués y el Frente de Acción Popular (FAP). Sin embargo, la PIDE dismantelará, en 1965, la organización del grupo en el interior, prendiendo a sus principales dirigentes: F. Martins Rodrigues, João Pulido Valente, Rui d'Espinary. Subsistirán entre ácidas desavenencias intestinas, en el exilio, y sin vinculación relevante con el interior del país, algunos pequeños grupos herederos del primer CMLP. En buena medida, la nueva ola «m-l» y maoísta de inicio de los años 70 nace sin vinculación, o con una vinculación distante con el exilio, resultando de procesos de formación en el interior del país, en amplia medida alimentados por el aumento de la contestación estudiantil que prácticamente había paralizado las universidades. También es de este período la aparición de la corriente trostkista, igualmente a partir del medio estudiantil. Pero hasta el «25 de abril» tendrá una expresión secundaria frente a los grupos disidentes del PCP o de génesis maoísta. Éstos echaban raíces con relativa facilidad entre la juventud estudiantil y en sectores de la juventud obrera, donde la guerra y la quiebra de la transición abrían espacio a nuevas ideas y formas de lucha. Implantados en las grandes conglomeraciones urbanas e industriales, dotados de gran agilidad organizativa y de un acentuado espíritu de militancia, de inicio casi totalmente desconocidos por la policía en cuanto a sus métodos de acción, demostrando una osa-

16. MRPP: Movimiento Reorganizativo del Partido del Proletariado, nacido en Lisboa en septiembre de 1970, al margen de la «corriente m-l». Será la fuerza emblemática de la versión portuguesa del maoísmo.

17. OCMLP: Organización Comunista Marxista-Leninista Portuguesa, fundada en el mismo año a partir de una escisión del «interior» de uno de los grupos de la corriente «m-l» del exilio.

día audaz y una creencia dogmática en su visión marxista-leninista o maoísta del mundo, ferozmente críticos del «revisiónismo» del PCP y del PCUS, portaestandartes de la versión albanesa o china del comunismo, los grupos más activos de esta Izquierda radical recogen el espíritu de la época y colocan, por primera vez en la historia de la oposición, en particular desde 1961, el problema del colonialismo y de la lucha contra la guerra colonial en el centro de la lucha política. Entienden que es ése el «eslabón débil» del régimen y apelan a la «guerra del pueblo contra la guerra colonial», rompiendo con un largo pasado de retórica o de abstención de la oposición tradicional en esta materia¹⁸. Por eso, los grupos radicales crecen rápidamente en las grandes metrópolis urbanas entre 1970 y 1974, amenazando claramente por la izquierda a un PCP pesado, rígidamente alineado con la URSS en el plano exterior y con dificultades tácticas derivadas del agotamiento sucesivo de las oportunidades de la lucha legal: electoral, sindical u otra, obligado a suspender las acciones de la Acción Revolucionaria Armada (ARA) y fuertemente alcanzado por la represión policial. Esto es, un partido con evidente pérdida de velocidad cuando llega el «25 de abril».

El segundo nuevo aspecto concierne al activismo de los «católicos progresistas», también él centrado en la denuncia de la guerra colonial y de la colaboración de la jerarquía católica con el régimen y con el conflicto en las colonias. La oposición católica había surgido como corriente tras la carta del obispo de Oporto, D. António Ferreira Gomes, a Salazar, en el rescoldo de las elecciones de 1958¹⁹. Es un campo relativamente heteróclito que nunca llega a tener una expresión política o partidista específica. Tiene tribunas (*O Tempo e o Modo* de Alçada Baptista y João Benard da Costa, hasta 1969), tiene asociaciones culturales (la Pragma), tiene los pulpitos de algunos curas valientes (Felicidade Alves en Belém, Mário da Lixa, Fanhais), participa en las listas opositoras y en la CDE, pero nunca será un partido o un movimiento político. Mientras una minoría de católicos disidentes del salazarismo desde 1958 tiende a dar algún crédito inicial al marcelismo, la mayoría se une a las generaciones más jóvenes de activistas laicos, de seminaristas o de monjas y curas que, inspirados por una lectura izquierdizante del Vaticano II, optan por el combate social y político, animando a varios núcleos clandestinos de reflexión y agitación anticolonialistas (*Direito à Informação*, *GEDOC*), o incluso, en algunos casos, facilitando apoyo logístico a las organizaciones de lucha armada.

18. Cf. MANYA, Judith: *Le Parti communiste portugais et la question coloniale: entre culture nationale et stratégie internationale: 1921-1974*. Bordeaux: IEP, 1996.

19. Cf. ALMEIDA, João: *A oposição católica ao Estado Novo (1958-1974)*. Lisboa: Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa, 2000. Tesis de licenciatura en Historia de los siglos XIX y XX: sección siglo XX. La carta que el obispo dirige a Salazar es fuertemente crítica con el régimen, sobre todo en los aspectos sociales de la situación portuguesa. Convertida en pública, circulará clandestinamente. Por esa razón, al obispo, fuera del país por vacaciones, en 1959, le será impedido por el Gobierno regresar a Portugal. Sólo en 1970 Marcello Caetano permitirá que regrese a su diócesis.

En tercer lugar, el nacimiento, a partir de 1970, de la violencia armada como forma de combate político. Será llevada a cabo por el ARA, bajo la dirección de un PCP preocupado por no dejarse superar por la Izquierda; por las Brigadas Revolucionarias (BR), brazo armado de un Partido Revolucionario del Proletariado (PRP), adepto a un revolucionarismo de contornos ideológicos poco ortodoxos pero que, como fuerza política, sólo se afirmará durante el pos-25 de abril y la Liga de Unidad y Acción Revolucionaria (LUAR), de contornos ideológicos imprecisos pero logísticamente apoyada, en el exilio y en Portugal, por gente del campo socialista. En los dos últimos casos, parecía estarse ante un radicalismo de expresión militar sin grandes exigencias de definición ideológica, pero huyendo de las diferentes corrientes del campo comunista dominante. Sólo las BR mantendrán su acción de atentados con bomba hasta el «25 de abril», permaneciendo casi incólumes. El ARA ve su estructura operacional casi destruida por la PIDE/DGS y, por esa razón, así como por razones de táctica política, el PCP suspende su actividad en 1972²⁰. El LUAR es desmantelado y sus dirigentes presos. No obstante, a excepción de este último, cuyas operaciones, en general, redundan en fracaso, los sucesivos atentados con bomba del ARA y de las BR contra instalaciones, transportes, archivos y equipos militares del ejército colonial, de la OTAN o del sistema de comunicaciones, son de una precisión y eficacia sorprendentes, causando elevados daños a la maquinaria militar, con un número mínimo de víctimas civiles o de las Fuerzas Armadas.

Resumiendo, las varias expresiones de esta nueva Izquierda radical traen consigo una triple novedad: la centralidad de la lucha contra la guerra colonial, el recurso, por su parte, a la violencia armada, básicamente orientada en el mismo sentido y, especialmente, por parte de los maoístas y «m-l», un combate político e ideológico sin tregua al PCP.

En cuarto lugar, verdaderamente *last but not te least*, todo ese ambiente de *impasse* e involución del régimen, de ausencia de solución para la guerra, de radicalización política y de atentados con bombas anticoloniales, todo eso contribuirá a despertar, en 1973, el inicio de la conspiración de los oficiales intermedios con génesis en el frente de Guinea. Es sabido que, de pretexto en pretexto, documento reivindicativo en documento reivindicativo, de reunión en reunión, de salto en salto, en el corto espacio de algunos meses, el «movimiento de capitanes» nacido para oponerse a la legislación perjudicial a la progresión en carrera de oficiales de mando, se transforma en Movimiento de las Fuerzas Armadas, que opta por el derrumbe del régimen.

Todo esto obliga a la oposición tradicional a rápidas y no siempre fáciles adaptaciones. La oposición más conservadora, la ADS, ampliamente vacía de apoyantes y de influencia por la acción de la ASP y prácticamente barrida de escena en este contexto general de radicalización, mantiene la periódica emisión de unos comunicados donde, desde lejos, el pequeño grupo de personalidades que

20. Cf. NARCISO, Raimundo: *ARA: Acção Revolucionária Armada: a história secreta do braço armado do PCP*. Lisboa: D. Quixote, 2000. La reaproximación con el PS, en 1972, con vistas a la intervención en el proceso electoral de 1973 al Parlamento Nacional, podrá haber pesado, a la par que la represión, en la decisión de suspender las acciones del ARA.

había rechazado la absorción por la ASP se va pronunciando sobre la situación política. Es eso, ese debilitamiento, el que explicará su casi total ausencia de papel en el advenimiento del marcelismo que, claramente, no lo considera como interlocutor relevante. Cuando, en el inicio del Gobierno de Caetano, en 1968 y 1969, todavía se habla con la oposición moderada, todavía se privilegia a un interlocutor respetable y no comprometido con comunistas o izquierdistas, es a la ASP a quien se va a escoger y con quien se va a conversar. Ella misma se presta a ello, desmarcándose públicamente del PCP y procurando obtener terreno y legitimidad electoral propia al no aceptar, en Lisboa, Oporto y Braga, en las elecciones de 1969, concurrir en listas unitarias patrocinadas por los comunistas (CDE, Comisión Democrática Electoral), avanzando con las listas de la CEUD (Comisión Electoral de Unidad Democrática).

Es la desilusión por las elecciones de octubre de 1969 y la evidencia de la quiebra del reformismo marcelista, traducida, particularmente, en la prisión y nuevo exilio de Mário Soares o en la revocación de la mayoría de las medidas de descompresión adoptadas en 1969-70 en el campo sindical y en el de las relaciones laborales²¹, la que radicaliza decisivamente la postura de los socialistas. Ya hemos visto cómo la ASP, a despecho de su integración en la Internacional Socialista, se distancia política e ideológicamente de la socialdemocracia plácida y pacífica que gobernaba la Europa de los «30 años de oro». Efectivamente, sobre todo tras el *impasse* marcelista, los socialistas portugueses izquierdizan el discurso: reconocimiento del derecho a la autodeterminación e independencia de las colonias portuguesas, críticas a la «socialdemocracia», reaproximación al PCP con quien celebran un acuerdo de alianza política en 1973, adopción, en ese año, en el congreso fundacional del PS, de un programa socialista avanzado.

El PCP, tras la fuga de Cunhal de Peniche en 1960 y de la consecuente «corrección del desvío a la derecha», había puesto cobro a las domésticas veleidades de «desestalinización» inspiradas en el Congreso del PCUS de 1956. En la secuencia de ese proceso, Cunhal va a reafirmar y actualizar la orientación política del partido: entre 1961 y 1965, el PCP adopta duraderamente una línea política que mantendrá hasta el «25 de abril». La «revolución democrática nacional» a alcanzar por el «levantamiento nacional», solemnemente reafirmados y profundizados como estrategia en el texto-clave de este período, el *Rumo à Vitória*²². Es verdad que la afirmación programática no alterará significativamente aquello que siempre había sido la espontánea cultura política del PCP: privilegiar la «unidad antifascista» con los hipócritas de las oposiciones tradicionales, la intervención electoral, la reivindicación económica, la participación sindical. En suma, una rutina burocrática clandestina o semilegal que había entrado en contradicción con el ambiente general de los años 60-70 y el descontento de los nuevos sectores de la juventud escolar y trabajadora, o con la voluntad de intervenir de mane-

21. PATRIARCA, Fátima: «Estado Social: a caixa de Pandora». En *A transição falhada: o marcelismo e o fim do Estado Novo: 1968-1974* (coord.). Lisboa: Editorial Notícias, Maio 2004, pp. 173-211.

22. *Rumo à Vitória*, título del informe presentado por Álvaro Cunhal a la reunión del Comité Central del PCP de abril de 1964.

ras diferentes por parte de otras áreas sociales y políticas atraídas para la resistencia al régimen, sobre todo en la crisis final del marcelismo. Esta amenaza de superación por la Izquierda es agravada por el hecho de que, tras la salida de Cunhal del país (1962) y la instalación de sectores vitales del aparato central del PCP en la URSS y en otros países del Este, el partido opta por un todavía más rígido alineamiento con todas las posiciones de la URSS y del PCUS, particularmente en cuestiones de gran impacto, como las diferencias chino-soviéticas, la invasión de Checoslovaquia (1968), la guerrilla en América Latina o el mayo francés.

También en este caso, sin embargo, la centralidad de la lucha contra el régimen va a dictar algunas particularidades en el posicionamiento del PCP frente a otros «partidos hermanos» del occidente europeo. Defendiendo leal y rigurosamente, en términos internacionales o de línea general, la estrategia Krusheviana de «coexistencia pacífica», el PCP adopta para Portugal una línea teóricamente insurreccionista, de «levantamiento popular armado», que suscita reservas en un movimiento comunista europeo firmemente arraigado en el pacifismo legalista y en el parlamentarismo. Más: bajo la presión de los éxitos del «izquierdismo» (al que dará un frenético combate doctrinario y organizativo), el partido adoptará la acción revolucionaria armada entre 1970 y 1972, año en el que, como vimos, suspende los atentados, fuese en virtud de una ofensiva represiva de la Policía Política sobre el ARA y el partido, fuese por el predominio de criterios que siempre habían pugnado por la prioridad de la lucha legal y pacífica y de la política de unidad con otras fuerzas opositoras más moderadas. Es decir, y con amplio beneficio para el PCP, la lucha legal se había beneficiado de significativas e importantes oportunidades sindicales, asociativas e incluso políticas con el advenimiento del marcelismo en 1968.

Lo cierto es que, desde finales de los años sesenta, coincidiendo en buena medida con el propio agotamiento de la tentativa reformista, en un marco de condiciones culturales, sociales y políticas donde se cruzan el espíritu de la época, el cansancio extremo de la guerra y el corte drástico con las ilusiones en la evolución de la situación, las izquierdas portuguesas se radicalizan, se diversifican, conquistan a amplios sectores de la juventud estudiantil, de la intelectualidad, del moderno proletariado industrial y, sobre todo, como decisiva novedad, a los empleados del nuevo sector terciario en expansión. A pesar del endurecimiento terminal del régimen, la censura, el cierre político de casi todas las cooperativas culturales y asociaciones estudiantiles, o el regreso al control administrativo de las elecciones sindicales, el hecho es que las izquierdas, en sus varias expresiones ideológicas, habían ganado la hegemonía política y cultural en el mundo urbano. Esto es, en el frente cultural, en las redacciones de los periódicos, en la producción artística, en el joven cine, en los medios intelectuales, en lo que se escribe en libros y revistas, en la crítica, en la música, en los movimientos estudiantiles, en el semilegal sindicalismo anticorporativo, en las élites más activas del combate social en las fábricas y en las empresas, en el asociativismo popular. Y, por esa vía, en los cuarteles, donde los jóvenes oficiales milicianos o de mando repiten mecánicamente y sin fe los gestos de una guerra inútil, mientras leen el

Comércio do Funchal o el *Tempo e o Modo*²³ y oyen a Zeca Afonso o Adriano Correia de Oliveira.

4. LAS IZQUIERDAS Y EL DERRUMBE DEL RÉGIMEN

Es a esta luz a la que se podrá valorar la importancia del papel de las izquierdas portuguesas en el derrumbe del régimen. No hay duda de que se constata la existencia ininterrumpida, a lo largo de casi medio siglo de Dictadura, de movimientos de resistencia al régimen con las características generales que procuramos sintetizar y con fases de avance y retroceso a las que igualmente nos referimos. Esos altos y bajos habían hecho alternar los momentos heroicos de cerco y de difícil y escasa militancia, reducida a ciertas elites políticas y sociales urbanas o al núcleo duro de las áreas de influencia tradicional del PCP, con los momentos de gran movilización y esperanza, cuando era plausible, al menos, esperar transformaciones democratizantes a partir del propio régimen.

De hecho, sin embargo, es que ni el régimen tuvo la inteligencia de adaptarse, ni la oposición había sido capaz, a lo largo de la historia del Estado Novo, de generar y de conducir movimientos políticos y militares susceptibles, por sí mismos, de apejar la Dictadura. En el sentido de que los movimientos de masas que habían despertado en los períodos cruciales de crisis, en 1945 o en 1958, no habían logrado dividir y lanzar contra el régimen, en alianza con ellos, a sectores significativos de los soldados y de los oficiales de las Fuerzas Armadas. Las crisis políticas y sociales, por eso mismo, habiendo existido y, a veces, alcanzado niveles muy amplios de movilización popular, nunca se habían podido transformar en crisis revolucionarias. Les faltó el apoyo de parte de las fuerzas militares, o sea, la capacidad de movilizarlas: armando el movimiento popular, dividiendo y paralizando la máquina policial y castrense del régimen. Una de las artes principales del arte de saber durar del salazarismo fue precisamente ésa: la de conseguir mantener el control político y la subordinación de lo esencial de la institución militar, incluso en situaciones de crisis graves, jugando para eso tanto con el atavismo conservador de sus comandos contra la «amenaza de la calle», como con la retórica de la «unidad de la patria» tras el inicio de la guerra colonial.

En esas y en otras ocasiones, casi siempre en el contexto o en el rescoldo de las crisis del régimen, no habían dejado de aparecer sectores opositoristas intentando organizar revueltas civiles y militares (el *revirralbismo*, el golpe de la Sé de 1959, el golpe de Beja de 1961) o vagos golpes palaciegos (en 1946-47, en el inicio de los años 50, etc.), que habían acabado siempre con las instituciones militares, salvo casos puntuales, unidas en lo esencial a la obediencia al régimen. Hasta el impás de la guerra colonial.

23. Títulos de revistas culturales y políticas muy populares entre la joven intelectualidad de izquierda radical al inicio de los años 70.

Es sabido que el fracaso de la experiencia marcelista en encontrar una solución política para la guerra, para el cansancio social y para la oposición política que ella generaba, dictó el fin no sólo de la tímida experiencia reformista ensayada con Caetano, sino también el del propio régimen. Aparentemente, con un golpe absolutamente singular en la historia de los pronunciamientos militares del período contemporáneo. Una conspiración de los oficiales intermedios —capitanes y algunos mayores— que sostenían la cuadrícula de la guerra en África, hecha prácticamente sin apoyos de la oficialidad superior (con excepción, y excepción importante, de los generales Costa Gomes, CEMGFA y Spínola, su subjefe), determinada por la consciencia, rápidamente adquirida, de que el fin de la guerra sólo se obtendría por un cambio democrático del régimen político. Pero es evidente que en la determinación de los «capitanes» del Movimiento de las Fuerzas Armadas, en su fulgurante evolución de la reivindicación corporativa a la acción político-militar, en la vaga aspiración a la democracia, a la justicia social y a la paz, que atraviesa el ambiente de conspiración y se plasma menos vagamente en los textos programáticos del MFA, resuena la hegemonía ideológica conquistada por las izquierdas opositoras a todos los niveles de la sociedad, marcando decisivamente el ideario difuso, pero crecientemente politizado a la Izquierda, de los principales dirigentes del movimiento.

Tal vez eso haya reforzado esa característica, base del golpe militar, que consistió en ser hecho conscientemente, sin el conocimiento de la cúpula de la jerarquía, ampliamente saneada días después de su éxito. Lo que significó que, al triunfar, el movimiento cortaba abruptamente la cadena jerárquica de mando y, al hacerlo, en cierta forma, anulaba la función tradicional de las Fuerzas Armadas como expresión jerarquizada de la violencia organizada del Estado. Y es en el espacio abierto por esa anulación/modificación del papel de las Fuerzas Armadas, por ese drástico debilitamiento del Estado, donde va a irrumpir la explosión social y política de masas. Esto es, el golpe de Estado se transforma en revolución. Para ayudarlos a gestionar esta nueva, imprevisible y ampliamente incontralada situación, los hombres del MFA van a volverse, naturalmente, hacia los cuadros de los partidos de la Izquierda opositora y hacia sus aliados.

Por ironía de la Historia, las izquierdas tradicionales portuguesas —el PS, el PCP y sus amigos y aliados políticos—, llegaban al poder de la mano de un golpe militar. Es cierto que muy diferente de otro que, 48 años antes, había instalado el régimen que las había lanzado durante casi medio siglo a la clandestinidad, a las cárceles o al exilio.

«Mallas que el imperio teje...».

Traducción: BEATRIZ PERALTA GARCÍA